

El Correo

Publ. No. MCS2.1615.

PUBLICACION DE LA ORGANIZACION DE LAS NACIONES UNIDAS



PARA LA EDUCACION, LA CIENCIA Y LA CULTURA

VOLUMEN V — No. 6

JUNIO DE 1952

20 SIGLOS DE
CIVILIZACION
MEXICANA
A TRAVES
DE SU ARTE



Deidad zapoteca

(Foto Gisèle Freund-Magnum)

20 SIGLOS DE ARTE MEXICANO

por Jean Cassou

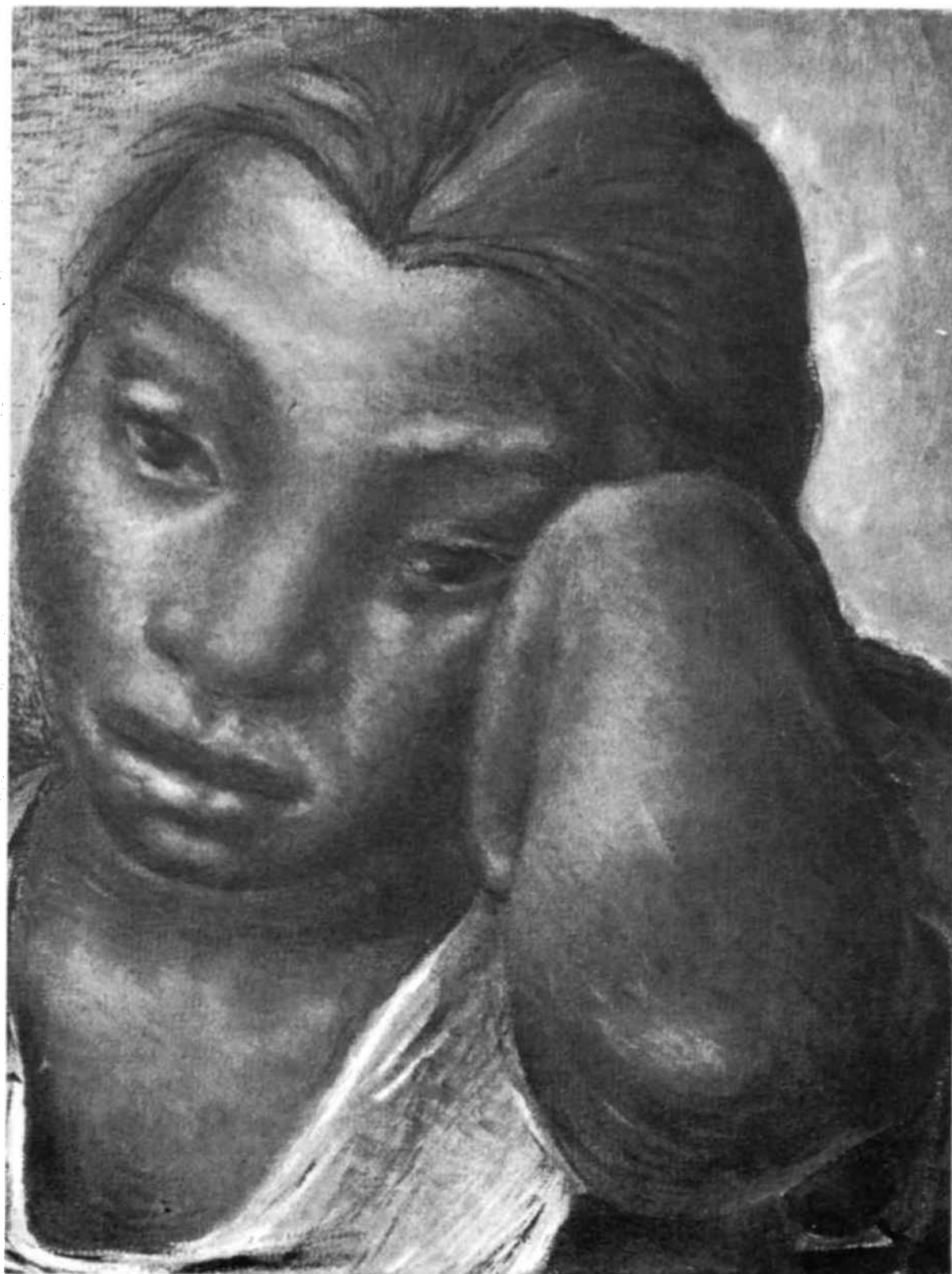
Conservador del Museo Nacional de Arte Moderno de Paris.

Una exposición de arte mexicano de extraordinarias proporciones y significado es la inaugurada el mes pasado en el Museo de Arte Moderno de Paris, donde se ha revelado a los ojos de Europa una de las grandes civilizaciones del mundo. El Correo le dedica estas páginas no sólo por el extraordinario valor artístico de las obras expuestas, sino por la oportunidad que ofrece de conocer un pueblo cuya cultura, caracterizada por una continuidad fundamental, es objeto del comentario de Jean Cassou que publicamos a continuación.

DESCUBRIR, no solamente un espacio, sino un tiempo ¡qué estupor debe haber producido en quienes sufrieron la experiencia! ¡Qué estupor y qué sacudimiento, cuyos alcances no llegaremos nunca a imaginarnos del todo! ¿Cómo podría uno llegar a concebir, en efecto, la emoción que se apoderó de los conquistadores españoles a la vista de un continente nuevo y, lo que es más, de una extensión de siglos como la que se les presentara de repente? Espacio y tiempo se combinaron en aquellas tierras para producir un universo cerrado, absolutamente extraño y de una unidad total e inconfundible, unidad que debía continuarse al absorber e integrar México todos los aportes que recibiera, y perseverar en las irreductibles diferencias que lo separaban de otras civilizaciones. Porque

hay un fenómeno mexicano, un universo mexicano, y la exposición organizada en el Museo de Arte Moderno de Paris, por acuerdo firmado entre los gobiernos de México y de Francia, da cuenta de la manera en que el país ha conservado esta identidad suya.

Ante los conquistadores se reveló, no sólo un enorme continente por el cual se llegaba al otro mar, sino también una serie de imperios y monumentos, toda una larga epopeya de dioses, leyes y ritos. Pero los que llegaban traían también consigo su propia fábula, que por sublime don del destino les era dado vivir por fin. Lo que tan apasionadamente soñaran en sus horas de ocio gratuito, horas de sumergirse en la infancia primera y colectiva, era ahora para ellos una realidad viva. Estaban viviendo las aventuras de un libro



Muchos siglos separan la terracota precolombina del « Jorobado » que puede verse arriba, a la derecha, de la « Cabeza de Mujer » (abajo, a la izquierda) original del pintor contemporáneo Julio Castellanos, cuya producción ha sido relativamente poco difundida fuera de las fronteras de su país. Pero vistas una junto a otra, estas dos obras dan idea de la continuidad esencial que informa al arte mexicano a través de las edades.

de caballerías. Cada uno de ellos era efectiva, realmente el caballero, formando, junto con su caballo, ese animal monstruoso que los aztecas creyeron centauro; cada uno era Amadís de Gaula redivivo, que pudo llamarse también el Caballero de la Rueda o el Caballero de la Cruz. Porque esos hombres desembarcaron en México con todo su universo material y espiritual; con sus fábulas, sus creencias religiosas, sus armas, sus bestias y sus técnicas propias. Llegaron en el momento en que ese universo en que vivían había alcanzado el cenit de su pujanza, momento en que su historia entraba en la era de la gran política moderna, con sus cálculos y sus proyectos. Una sólida maquinaria sostenía las quimeras que encantaban la imaginación de aquellos hombres. Y ellos oponían esas quimeras a las fábulas del mundo desconocido. Esta furiosa mitomaquia, al hacerse mitogamia — prodigioso y confuso combate de amor — iba a producir otros fantasmas, otras ideas, otras formas no menos extraordinarios.

Pero siempre habría de persistir, vivo e indestructible, el genio original. Este genio apareció ante Cortés con rasgos tan intensos que no se sabría concebirlo sino en la feroz, devoradora persistencia que siempre lo ha caracterizado. Tanto los eruditos, que comparan por sistema, como el público, que para hacerse una composición de lugar busca espontáneamente analogías con las cosas que le son familiares, podrán advertir un parentesco entre ciertos formas artísticas, sociales y morales del mundo precortesiano y ciertas formas del mundo egipcio, del mundo del Mediterráneo arcaico o de los del Extremo Oriente. Pero en fin de cuentas se ve uno forzado a considerar lo que hay de profundamente irreductible e inalienable en la belleza exhumada de esos lugares sagrados del planeta que se llaman Monte Albán o Chichen-Itzá. Belleza sorprendente que, si se coloca junto a los más altos tipos de belleza producidos por las civilizaciones más maravillosas de la historia, es únicamente porque, como éstas, no se parece a ninguna otra en su sublimidad.

Si se quiere entender plenamente el hecho mexicano, son ante todo la originalidad y la fuerza que animan a esta belleza lo que debemos tener siempre en cuenta. México y el Perú son los únicos lugares de América donde los blancos hallaron una civilización. La de México presentaba aspectos de una evolución prodigiosa, tanto que había ya en ella esa

(Sigue en la pág. 4.)

UNA SINTESIS DE DOS GRANDES CIVILIZACIONES

(Viene de la pág. 3)

estabilización que presagia la apatía y, en última instancia, la decadencia. A pesar del formidable arranque de Cuauhtemoc y de los combates salvajes gracias a los cuales pudo arrojarse por un tiempo a los conquistadores, hay un fatalismo melancólico en la manera en que el imperio azteca acepta su caída y se somete a las profecías, hechos a los que contribuyen, fuerza es decirlo, la rebelión de la tribu sometida por dicho imperio y la ayuda que prestaron a los invasores. Pero quizá ese fatalismo y esa melancolía forman parte del genio mismo de México, como factor constante que humaniza su crueldad atroz. Rasgos característicos del alma de México son el amor por las flores y otras cosas de vida efímera, amor que alcanza acentos tan conmovedores en los cantos del rey Netzahualcoyotl; el espíritu de contemplación, la paciencia minuciosa e infinita. Pesa sobre las construcciones del país una especie de torpor triste y denso. Las formas sometidas a una geometría implacable, las mandíbulas cuadradas, los motivos decorativos, todo, con el peso ciclópeo que lo informa, señala una pesadez de alma que la inclina hacia los misterios subterráneos y macabros. Hay allí, en el alma igual que en el estilo, una fuerza que se expresa partiendo de un núcleo en que está como encerrada y concentrada. Fuerza a primera vista hermética, enroscada como la de la serpiente simbólica; fuerza cuya expansión tendrá que ser tan lenta como terrible.

Esta marcha paciente, sorda, opaca, irónica, agresiva — marcha del genio indio, que se diría de mineral y fiera salvaje al mismo tiempo — debía acordarse a ciertos ritmos del alma española. México fué la coyuntura en que debían coincidir el gusto de la muerte, y las meditaciones sarcásticas sobre la muerte, que caracterizaran a los dos pueblos. Por extraordinaria excepción en la historia de la filosofía, estos dos pueblos, superiores y dotados de genio en el sentido más vivo y vital de la expresión, habían adoptado, cada uno por su lado, una actitud de juego ante la muerte. El encuentro con España había de abrir a México, en la nueva faz que asumió luego de la conquista, un porvenir espiritual verdaderamente prodigioso.

El humanismo ibérico, extendido por una parte considerable del globo, está hecho de esos encuentros; y siempre han sido elementos varios, llevados cada uno de ellos hasta su más alto grado de intensidad, los que han contribuido a su espléndida, inasimilable originalidad. Los aspectos que ésta ha cobrado en México no son de los menos asombrosos; entre ellos, por ejemplo, el barroco colonial, donde un estilo tan embriagador como lleno de embriaguez llega, empujado por la pasión tropical, a un grado inaudito de riqueza y exhuberancia. Los dioses nunca olvidados mezclan su terrorífico prestigio a los milagros introducidos por los blancos. Y están siempre presentes, del mismo modo que el alma india, sutil y acerada, vive siempre en la elocución castellana, que ha acomodado a una especie de suavidad sibilante y puesto al servicio de una retórica todavía más ingeniosa y más persuasiva que la del castellano mismo. Así como en arte esa alma india ha ido más allá de las maravillas del barroco, en poesía ha ido más allá de las del conceptismo; y Sor Juana Inés de la Cruz, autora del poema del «Sueño» — poema de la inteligencia, admirable descripción lírica de la aventura intelectual — es sin duda alguna el más alto poeta surgido a continuación de Góngora, y la igual de este príncipe del genio.

Provincias españolas en un tiempo, los países de América Latina no han dejado de tener una fisonomía provinciana que resulta conmovedora, pasada de moda, amablemente pintoresca. Y sin embargo, bajo esos modales provincianos de los siglos XVIII y XIX, el observador atento distingue pronto lo que destaca a Chile de la Argentina y de Bolivia. Lo mexicano lo distinguirá todavía más fácilmente. Lo mexicano se hace escuchar con claridad meridiana; y el descubrir la gracia de determinadas imágenes piadosas o determinados retratos de ese entonces — con toda su ingenuidad, que es una ingenuidad delicada, elegante, casi diestra — no constituye uno de los placeres menores del que visita la exposición del Museo de Arte Moderno. Pero es que frente a la raza mexicana hay que confiar constantemente en la ingenuidad. Lo que rige y manda en ella son las profundas calidades nativas en estado de absoluta pureza. Siempre tienen razón las fuentes populares. La industria y la habilidad que caracterizan esta civilización se desprenden de tales fuentes; no son cosas venidas de fuera y aprendidas. Sea bajo la dominación de los emperadores aztecas o los virreyes castellanos, o bien desde la época en que México se convierte en nación y estado independiente, si se quiere comprender esa civilización hay que recurrir siempre al pueblo: atenderse al pueblo indígena, original; buscar en él la información necesaria. Y en las combinaciones y mezclas que son producto y testimonio de su historia, lo que hay que encontrar ininterrumpidamente son la iniciativa espontánea de ese pueblo, así como su dirección y coloración.

Por ello las muestras de arte mexicano que nos seducen más particularmente son las que llamamos ingenuas o primitivas. Todo

el arte mexicano moderno es ingenuo y primitivo, y no podría aspirar a un título mayor de gloria que el que le otorga esta condición. Ese arte debe sorprendernos siempre como explosión del elemento ingenuo y primitivo, del hecho popular tosco. A él correspondió expresar la revolución de 1910, segunda emancipación del pueblo mexicano (si se considera que la primera es de la independencia). A partir de entonces, el genio mexicano no tiene trabas, y se puede permitir una expresión y una identidad absolutas. Sus caracteres, afirmados, desde los tiempos más remotos, en todo el curso de su historia, se reúnen en un haz para manifestarse mejor, liberados ya de ataderos y de complejidades. Esos caracteres, enterrados y excluyentemente, se preparan para la afirmación. A nosotros nos corresponde reconocerlos, tomarlos como son, sin recurrir a referencias familiares, que en este caso no sirven. El arte moderno mexicano no puede compararse más que con el arte mexicano de siempre. Hay que saber encontrar en él el vigor específico de las civilizaciones zapotecas y mayas, y ningún otro. Hay que renunciar al mismo tiempo a acercarse a él, para comprenderlo mejor, las invenciones y modas del arte moderno europeo.

Aquél expresa al pueblo mexicano, lo cuenta, lo define y lo ilustra, y todo ello con naturalidad y fluidez, ya que en esencia es un arte popular. Los grandes frescos de José Clemente Orozco, Diego Rivera y David Alfaro Siqueiros no son obras de corte, obras hechas por encargo oficial, aunque hayan podido realizarse gracias a los poderes públicos; son obras de un pueblo que se toma a sí mismo por objeto y fija sus actos en imágenes. El pueblo, aquí, ha encontrado un estilo, conforme a los que venía usando desde hace siglos, y en ese estilo, con perfecta dignidad artística, dice lo que quiere decir. Narra su pasado, sus luchas, sus peripecias, sus sufrimientos, así como sus trabajos y sus guerras, sus cóleras y esperanzas.

Todo esto es tanto más interesante para nosotros cuanto que nuestro arte moderno anda aún en busca de una aplicación monumental, y por lo tanto social. Nuestras invenciones plásticas del último medio siglo deben — aspiración que se expresa por doquier, cada vez con mayor fuerza — transmutarse y organizarse en pintura mural. El ejemplo de los fresquistas mexicanos merece, pues, ser estudiado con detención. Como fenómeno, debe su éxito, sin duda alguna, a dos causas primordiales; en primer lugar al carácter esencial, profundamente popular que tiene, original en cuanto se refiere a sus orígenes y a la originalidad que ha mantenido en dos mil años de existencia; en segundo lugar, al hecho de haber tenido la nación mexicana una magnífica historia, donde abundaban los bellos motivos capaces de inspirar a ese arte. Pero todos los pueblos tienen una historia, y todos se expresan en su arte. Por evolucionadas y sabias que parezcan, las artes de todos los países acusan siempre un fondo popular. Este fondo, irrecusable, aparece en la obra de un Rufino Tamayo, cuyo nombre se ve siempre unido al de los tres célebres fresquistas, aunque no se haya manifestado con la frecuencia de éstos en la pintura mural. Una poesía huraña y esquiva, un colorido misterioso y lleno de encanto, un *extranjerismo* total caracterizan la obra de este pintor, que no va en zaga a Orozco, Rivera y Siqueiros como portador del mensaje mexicano.

Como, en fin de cuentas, lo he señalado ya, hay siempre una parte de pueblo en las invenciones más extremadas del arte, aún en las que tienen carácter intelectual e intención intelectualista. Pero hay que convenir en que esta parte de pueblo es, en el arte mexicano, particularmente imperiosa, fértil y operante, y volver siempre a esta constatación, como a la de que el pueblo mexicano, con la violencia de sus reacciones, merecía una historia dramática y estaba llamado a sentir de una manera particularmente punzante los acontecimientos de los que era objeto y actor a un tiempo.

Los problemas se plantean de la misma manera para todas las artes y todos los pueblos. Pero en el caso de México se plantean de una manera considerablemente *pura*. Ahí hay un pueblo que, con extraordinaria fuerza, publica su singularidad. Y esta singularidad persiste a través de las mayores y más extrañas vicisitudes; más aún, a veces persiste por medio de esas mismas vicisitudes. La reconocemos idéntica en las civilizaciones que preceden a la llegada de los blancos — las civilizaciones de que éstos se hallaron ausentes — y en aquellas en que nos vemos reflejados ahora. Está tanto en los dioses antiguos como en las imágenes de la devoción cristiana; en los frescos, expresión del alma colectiva, como en los cuadros de caballete, obra de la sensibilidad individual; en las obras maestras del arte como en los productos baratos del «folklore». La singularidad no cambia. Ni se contamina. Ni mucho menos se atenúa o debilita. La singularidad queda. Queda como un fuego siempre ardiente, un centro de fascinación, un corazón de latir perpetuo.

La foto que puede verse más arriba es una reproducción de un disco maya de grandes proporciones cuya figura central es la de un jugador de pelota. En el círculo del borde hay un calendario en caracteres jeroglíficos. Todas las fotos de arte mexicano que publicamos en este número fueron escogidas con la gentil colaboración del Dr. Fernando Gamboa, del Instituto Nacional de Bellas Artes de México. Comisario General de la exposición que se realiza en París.





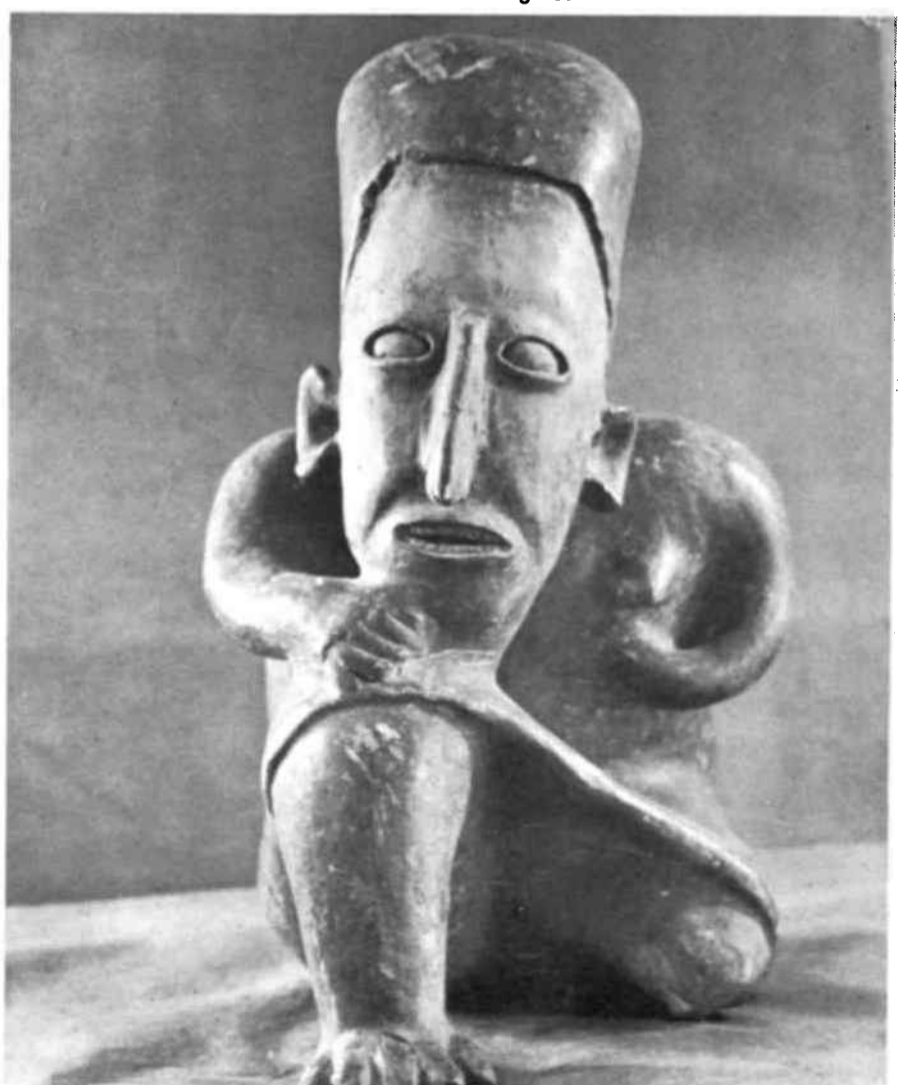
« MASCARILLA SONRIENTE », obra de la cultura tototona precolombina, de la Region del Golfo de México.



« OJOS CON LAGRIMAS », obra de la cultura huasteca precolombina, hallada asimismo en Veracruz.



COATLICUE es la obra escultórica más monumental de todo el arte azteca. La diosa de la tierra representa en ella las ideas abstractas de muerte (destrucción) y vida (generación). La cabeza está formada por las quijadas de dos serpientes; los pies por las garras de un ave; el torso por cráneos, y manos y corazones cortados. Esta escultura está considerada como una de las obras más extraordinarias del surrealismo mítico-mágico.



ARTE TARASCO. A diferencia del arte de las civilizaciones azteca, maya, zapoteca y tolteca, que es esencialmente religioso, el arte precolombino de los indios tarascos que habitaron el oeste de México (en lo que es hoy estado de Michoacán, sede del centro de educación fundamental de la Unesco) se caracteriza por estar dedicado a otros motivos. En sus cerámicas se anima toda una teoría de hombres y mujeres del pueblo; danzarines, guerreros (como el de la foto de la izquierda), y mujeres de rodillas (como la de la foto de la derecha), así como escenas de amor, animales, plantas y frutas. Es un arte delicioso y fresco, lleno de verdadera alegría creadora. (Fotos Gisèle Freund-Magnum).



BARROCO Y FOLKLORE

El estilo barroco, que alcanzó el ápice de su desarrollo en el siglo XVIII, llegó al Nuevo Mundo por la vía de España, donde la imaginativa y recargada interpretación de que fuera objeto por parte del arquitecto José de Churriguera había dado ya lugar al calificativo de «churrigueresco». Pronto se difundió por toda la América española, y en México la fusión del churrigueresco con la tendencia india a la exuberancia en el detalle dió lugar a una forma particularmente rica de dicho estilo, a la que a veces se da el nombre de «ultra-barroco». El barroco colonial tiene muestras importantes en casi todos los rincones de México; una de sus obras maestras es el santuario de Ocotlán, en el estado de Tlaxcala (véase la foto de más arriba). Otra es la iglesia de Santa María Tonantzintla, en el estado de Puebla, uno de cuyos detalles reproducimos en la foto central. Aún en el arte indígena contemporáneo, tan rico, variado e imaginativo, se acusa frecuentemente la influencia barroca, como puede verse en la reproducción de la terracota de Adán y Eva que ofrecemos en la foto de abajo.

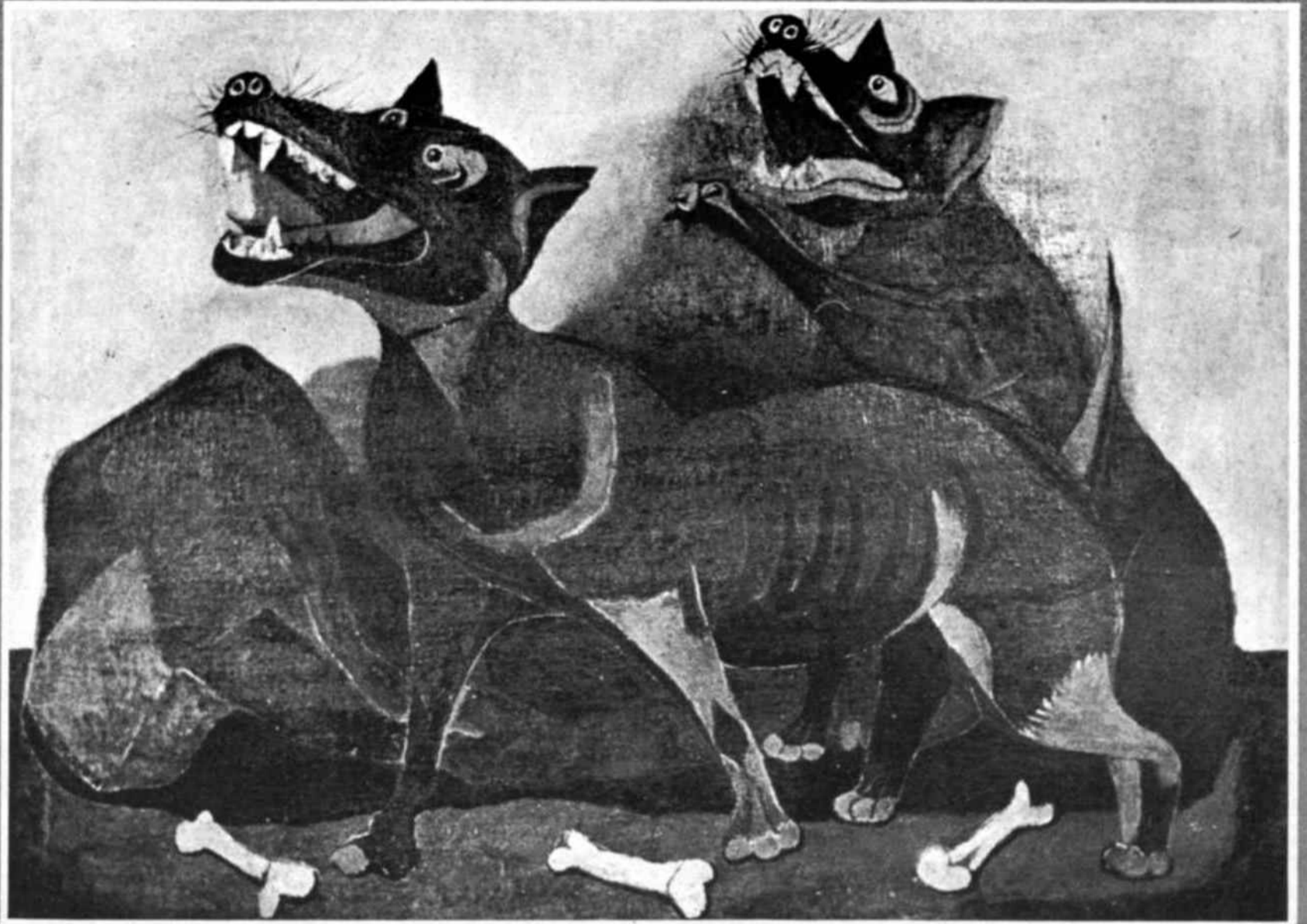


"BONAMPAK" O EL MURO PINTADO

Desde la época precolombina la pintura mural ha desempeñado un papel preponderante en la expresión artística de México. Hace sólo cuatro años se descubrieron en las selvas del estado de Chiapas nuevas ruinas de la época de los mayas, en un sitio que los indios llamaban «Bonampak», o sea «muro pintado» por estar las paredes de los templos cubiertas de frescos. Abajo puede verse un fragmento de una de estas pinturas, y arriba parte de una enorme pintura mural de Diego Rivera que puede verse en el Palacio Nacional de la capital mexicana y en que se ilustra la historia del país.



EL SIGLO VEINTE



"Animales" por Rufino Tamayo. "Una poesía huraña y esquivada, un extranjerismo total caracterizan su obra." (Foto: Gisèle Freund-Magnan)



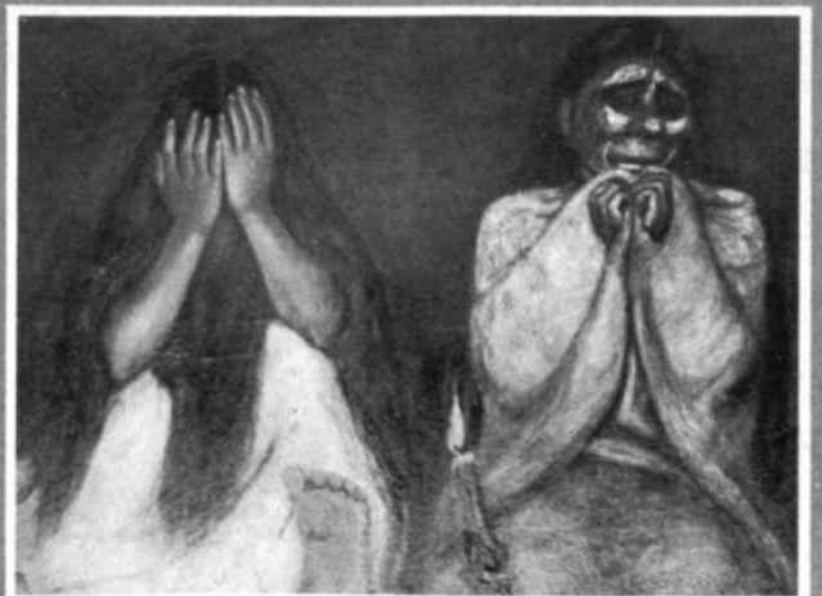
"La Toilette" por Jesús Guerrero Galván.



"Las Virgenes locas" por José Chávez Morado.



"El Parto" por Manuel Rodríguez Lozano.

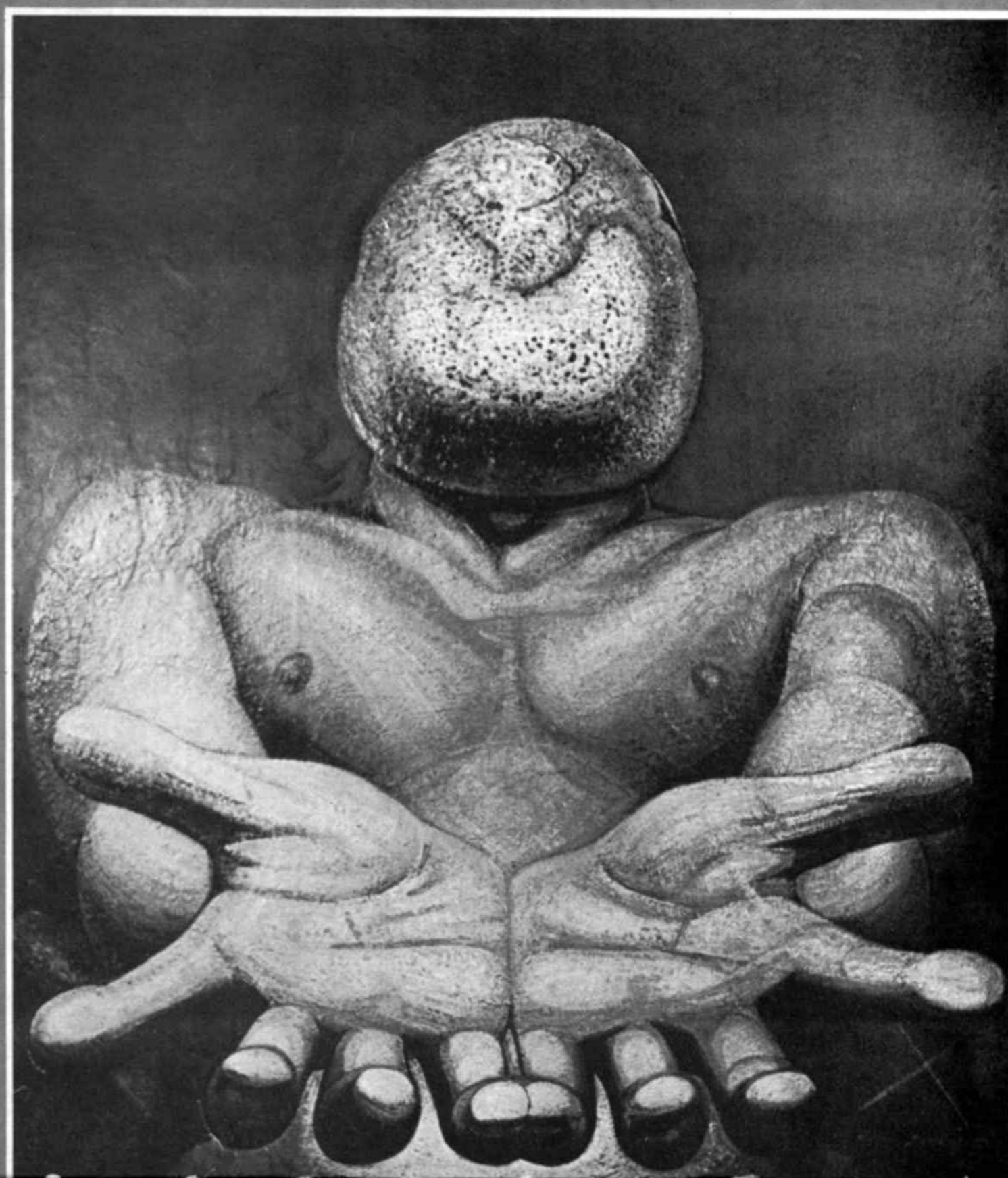


"Tata Jesucristo" por Francisco Goitia.

EL ARTE MEXICANO MODERNO : " UNA EXPLOSION DEL HECHO POPULAR "

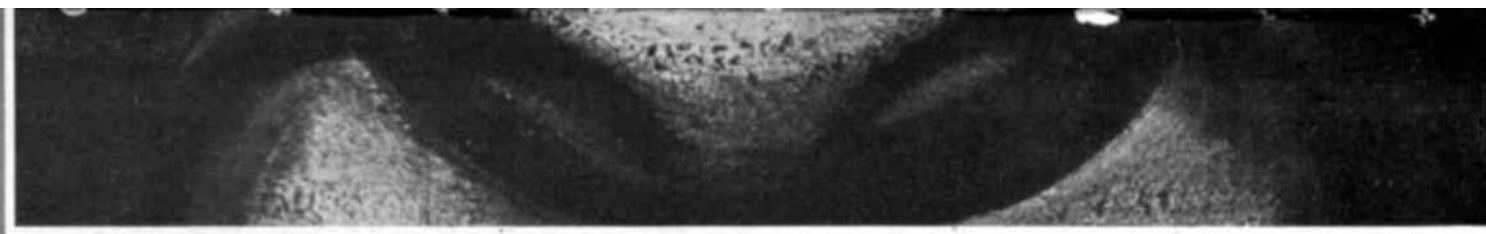


« Maestros cantores » por Rufino Tamayo.

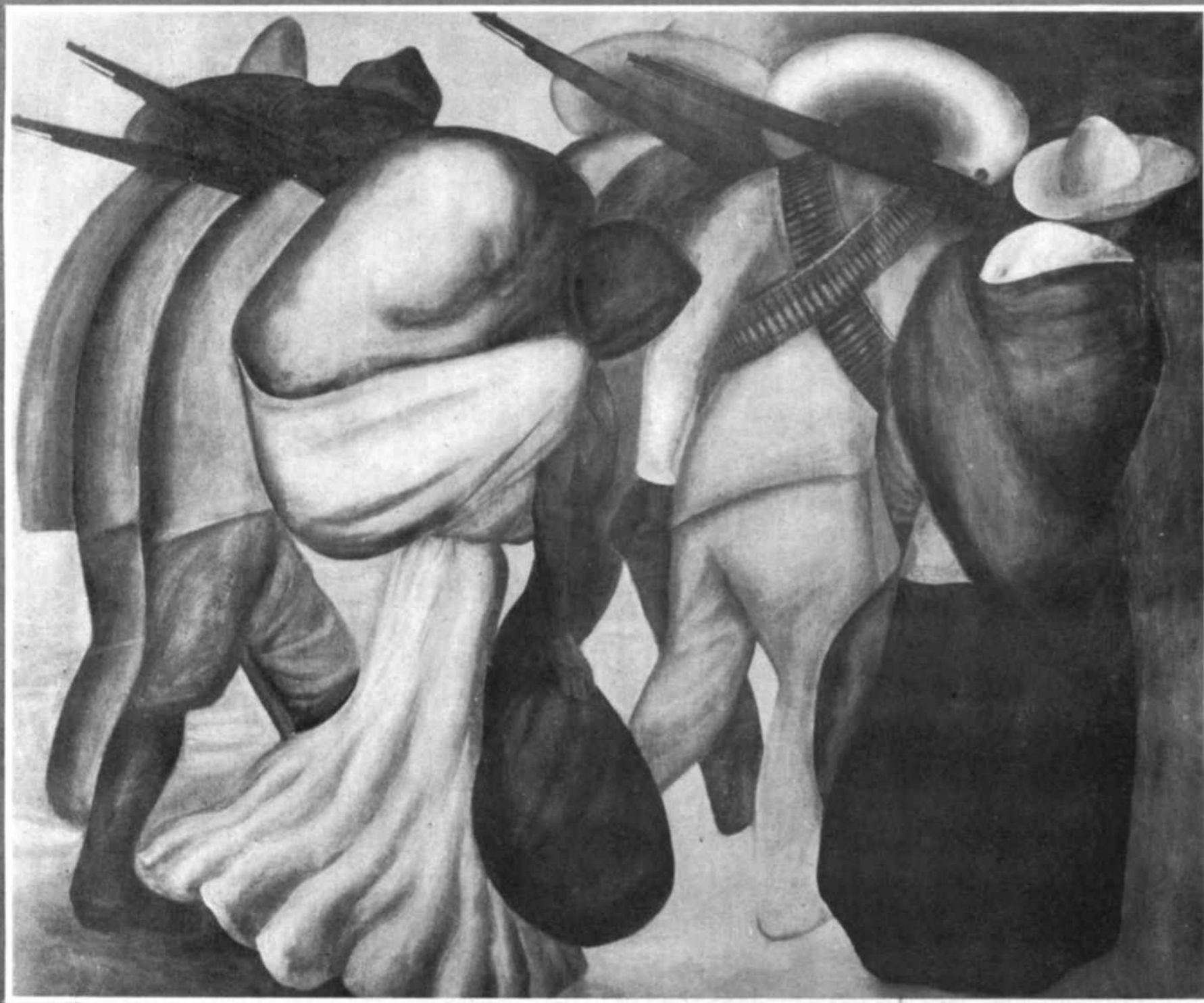




« Apocalipsis », mural de José Clemente Orozco.



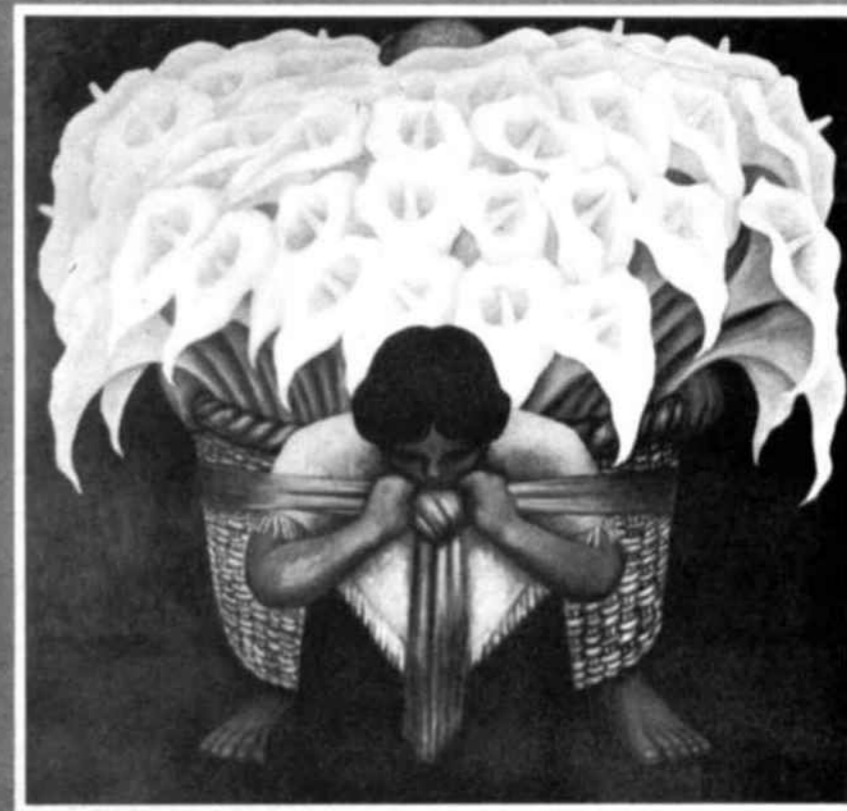
« Nuestra imagen » por David Alfaro Siqueiros. « Genio indio que se diría de mineral y fiera salvaje. »



« Soldaderas », óleo de Orozco. « El arte mexicano narra el pasado de este pueblo, sus luchas, sus peripecias, sus sufrimientos. »



« Autorretrato » de David Alfaro Siqueiros.



« Vendedora de flores », óleo de Diego Rivera.

40.000 KILOMETROS A TRAVÉS DEL SUDESTE DE ASIA (2)

*Un reportaje
de Ritchie Calder*

Ilustraciones de Eric Schwab,
fotógrafo de las N.U.



Se tocó la campana y los niños de la aldea vinieron a ponerse juiciosamente en fila para esperar su turno de examen médico.

EL BUDA DE ORO CONTEMPLA EL MILAGRO DE LA MALARIA

Los ayudantes que integraban el grupo enviado al norte de Tailandia para luchar contra la malaria pulverizaron con DDT los preciosísimos mosaicos que decoran los muros del templo de Phra Norn Nong Pung, o sea del «Buda Recostado del Pantano Susurrante».

Los sacerdotes, con sus togas color de azafrán, las cabezas y cejas completamente rapadas, contemplaban de pie el espectáculo, con callada acquiescencia. Por encima de ellos resplandecía la sonrisa de oro del Buda reclinado, enorme imagen, de unos 20 metros de largo, envuelta de los pies a la cabeza en hojas de oro; tan enorme que hubo que construir el templo en torno a ella.

En cuanto al «pantano susurrante», ya no susurra como en otros tiempos.

Al salir con el Dr. Bhatia, entomólogo indio que forma parte del personal de la Organización Mundial de la Salud, y que dirigía en ese momento el grupo de cazadores de mosquitos, exploramos en vano las hierbas acuáticas de las corrientes de irrigación. En todo un día fué imposible encontrar un solo *anopheles minimus*, el mosquito enano que por espacio de décadas y décadas ha perpetuado en el norte de Tailandia la maldición de la malaria. Y éste habría sido el resultado que hubiéramos obtenido de registrar en todo el distrito de Serapei, elegido tres años atrás por la Organización Mundial de la Salud, conjuntamente con la UNICEF y el Gobierno tai, como zona de demostración en la lucha contra la terrible enfermedad.

Habría de advertirse que hablamos de la lucha contra la malaria, o sea de una manera de ponerle freno reduciéndola a proporciones en que no constituya un problema de salud pública y un mal que afecte a la población entera. El proyecto del gobierno de Tailandia y de las dos Organizaciones Internacionales no era tan ambicioso como para pretender la extirpación total de la peste. Pero hoy en día no se dan casos nuevos de enfermos de malaria, como tampoco se encuentran en Serapei mosquitos que puedan contagiarla.

En el templo del Buda Recostado instalamos una clínica en los escalones de la pagoda. Nada de extraño había en ello. La clínica había funcionado allí durante el curso de toda la campaña contra la malaria. En las «verandas» o claustros del templo se alineaban los pupitres y pizarrones, y se veía a los maestros laicos y los niños cantores de la escuela de la aldea, reunidos allí por disposición del budismo tai, que proporciona de ese modo el local necesario al cumplimiento del plan estatal de educación obligatoria.

Una vez que el Dr. Udom, médico tai, obtuvo una de

las mesas de los altares para usarla como camilla de la clínica, se tocó la campana y los niños se precipitaron riendo por las escaleras del templo. Inmediatamente se pusieron en fila, dejaron en el suelo sus sombreros de paja y esperaron su turno.

El Dr. Udom les oprimió el estómago a ver si encontraba en alguno esa inflamación del bazo que es sintoma elocuente de malaria, ya que la enfermedad, con

40.000 kilómetros a través del sudeste de Asia; he ahí el periplo que acaba de recorrer — en tres meses y medio — Ritchie Calder, en cumplimiento de una misión informativa que le confiaran las Naciones Unidas y sus instituciones especializadas. En nuestro último número seguimos al periodista británico por Borneo, donde el hombre se debate encarnizadamente contra la ignorancia, la enfermedad, la miseria y el hambre. Esta vez penetramos con él a Tailandia, donde la colaboración internacional iguala los esfuerzos de la población local por mejorar su nivel de vida.

el exceso de trabajo que impone a este órgano, lo hace hincharse invariablemente.

En todos los casos el resultado del examen fué negativo; niños que tres años atrás hubieran mostrado el vientre hinchado por la malaria exhibían un aspecto normal, y ante las preguntas del Dr. Udom respondieron todos que no tenían fiebre, ni tampoco la tenían sus hermanitos y hermanitas, ni sus padres. El «mal del temblor» había dejado sus hogares.

Los sacerdotes niños contemplaban el examen médico con la expresión de continua sorpresa que da a un rostro el tener las cejas afeitadas. Eran todos más o menos de la misma edad y estatura que los escolares, y de haber sido verdadera, su sorpresa se vería ampliamente justificada por este milagro moderno, gran parte de cuyo mérito debe atribuirse a los sacerdotes budistas.

El «milagro del pantano susurrante» constituye una lección para el mundo entero. La ciencia moderna ha desempeñado en este milagro una parte indispensable, sin duda alguna, pero tan indispensable como ella era la cooperación de los sacerdotes budistas que, a lo largo de toda la zona elegida para el experimento, dieron instrucciones a sus fieles en el sentido de que trabajaran en colaboración con los expertos internacionales de la Organización Mundial de la Salud, las autoridades oficiales y los diligentes doctores tai.

Hasta ahora, en el curso de nuestro recorrido por el sudeste de Asia, hemos visto que hay que superar la superstición y los miedos primitivos, como ocurriera en la selva de Borneo, antes de que puedan entrar en juego los métodos modernos de salvar vidas. Hemos visto asimismo cómo los dogmas de religiones avan-

zadas pueden llegar hasta a negar a las mujeres un parto exento de riesgo. Pero en el norte de Tailandia el budismo fué el aliado más entusiasta de los médicos.

Siento gran respeto por el Dr. G. Sambasivan, el malariólogo indio que encabezó la misión de la Organización Mundial de la Salud en su doble condición de médico experto y de diplomático; en esta última le correspondió evitar siempre, con tanta comprensión como tacto, el herir la susceptibilidad de unos y otros en cada lugar visitado por la misión. Pero siento también gran respeto por el Gran Abad del Norte, Chawkun Tepmune, que me recibió en el gran Templo del Buda de Oro.

Al agradecerle el haber dado el ejemplo impartiendo al sacerdocio instrucciones en el sentido de colaborar con la OMS, que envió a Tailandia los expertos, y la UNICEF, que suministró a su vez el DDT y las máquinas y aparatos necesarios, el abad me detuvo con un gesto de escrupulo. ¿Por qué había de agradecerse a los sacerdotes — dijo — el obedecer los mandamientos de nuestro Señor Buda y trabajar por el bienestar vital del pueblo? Mientras lucharan por mejorar la vida del hombre, la ciencia y la religión eran una sola.

El Gobernador de Chiangmai, amigo y colaborador activo del grupo internacional enviado a Tailandia — como lo fué también su predecesor, encargado de iniciar la campaña hace tres años — me reiteró luego este concepto. Se sentía orgulloso de que fuera en su provincia en donde se realizase un experimento tan beneficioso para el pueblo, un experimento que para Tailandia representaba la liberación de la malaria al cabo de pocos años, y que al mismo tiempo había traído al país médicos de otros lugares que luego irían a sus respectivos países a repetir la misma campaña poniendo en práctica, gracias a las becas acordadas por la OMS, las lecciones aprendidas en Chiangmai.

Estas lecciones han resultado altamente reveladoras. En otras partes del mundo la ciencia y el hombre han obtenido victorias espectaculares sobre la malaria. Aún antes de descubrirse el DDT se podía evitar su difusión buscando laboriosamente los sitios donde se concentraban las larvas de los mosquitos y desecando las zonas pantanosas o tratándolas con petróleo.

All llegar el Dr. Sambasivan en la primavera de 1949, tuvo que planear una campaña que fuese económica en DDT y en mano de obra, ya que debía adaptarse a los recursos de que pudiera disponer Tailandia al extenderla luego a todo el país. Dichos recursos no sólo eran escasos en el sentido financiero de la expresión, sino también en cuanto se refiere al personal dirigente. (Sigue en la pág. 12.)



Con la callada acquiescencia de un sacerdote, se pulverizaron con DDT los preciosísimos mosaicos del templo de Phra Norn Nong Pung.

LA TRADICION COLABORA CON LA CIENCIA

(Viene de la pág. 11.) ya que Tailandia no dispone de muchos médicos. Primeramente fué necesario elegir una zona factible para la realización del experimento. El Dr. Sambasivan eligió Chiengmai, en el norte de Tailandia, en las colinas tras de las cuales se extiende Birmania. En esta región la malaria había adquirido proporciones endémicas; es decir, que se registraba en el 60 al 70 por ciento de la población, pero de una manera sistemática; no estallando en epidemias súbitas y mortales, sino desgastando el vigor y la salud del pueblo mientras se mantenía, como volcán dormido, susceptible de estallar en erupción en cualquier momento.

En segundo lugar, después de elegir la zona, había que dar con el mosquito responsable de la propagación de la malaria en esta parte del mundo. Había en la zona 30 tipos diferentes de mosquito, cualquiera de los cuales podría ser el causante de aquel estado de cosas.

Los hombres de la misión tuvieron suerte. El mismo día que comenzaron los experimentos, el Dr. M. L. Bhatia, del Instituto contra la malaria de la India, encontró, junto con sus ayudantes, el germen de la malaria humana en las glándulas salivares del trígéximo mosquito que examinaron: el «anopheles minimus».

En tercer lugar, los hombres de la misión debieron estudiar los hábitos del mosquito. Así descubrieron que, a diferencia de otros que prefieren las aguas estancadas, éste se reproduce únicamente en corrientes de agua fresca. Semejante descubrimiento fué también una suerte para la misión, ya que los expertos de ésta pudieron delimitar la zona en que habrían de realizar las operaciones correspondientes. El mosquito tendría que ser sorprendido en los canales de irrigación alimentados por el agua que caía rauda de las colinas, ya que nunca podría sobrevivir en los perezosos canales de las tierras bajas.

En cuarto lugar, los expertos debieron buscar las bases desde las cuales librar el ataque salvador de vidas humanas. Examinaron sistemáticamente las chozas en que vivían los campesinos, construidas sobre altas estacas, con paredes de estera trenzada y techos de «attap», que es una hoja marrón, ancha, parecida a la hoja del tabaco. Después de estudiar los hábitos de unos 15.000 ejemplares de «anopheles minimus», llegaron a la firme conclusión de que muy raramente se posaba éste pasados los dos metros o dos metros diez de altura — lo cual representaba una economía si se pensaba en términos de la pulverización—; que se escondía en las paredes o las ropas que se tuviera colgadas, y que su principal actividad se desarrollaba entre las nueve de la noche y las cuatro de la mañana.

Los expertos decidieron atacar «los corredores de aterrizaje» de los mosquitos, o sea las paredes y sitios de la casa en que se colgaba algún ropaje. Había que hacerlo en 40.000 casas, pero, con ayuda de los sacerdotes y principales autoridades de cada aldea, se pusieron a la labor de una manera sistemática. Por toda la zona se ven chozas a la entrada de las cuales hay letras, números y fechas pintados: por ejemplo, «A/16 DDT 21/4/50», lo cual significa la aldea, el número de la casa y la fecha de la primera pulverización. Y esto se hizo de una manera tan completa que desde entonces los números y letras han servido de dirección postal para los habitantes de toda la región.

Al terminar el primer año del experimento, los miembros tai del grupo encabezado por el Dr. Udom y el Dr. Vimol estaban en condiciones de dirigir y realizar ya la labor por su cuenta, y en consecuencia los miembros internacionales se limitaron a desempeñar el papel de consejeros. Esta retirada táctica fortaleció su autoridad, en vez de disminuirla.

Todo este tiempo la UNICEF había estado suministrando los pulverizadores de DDT y los vehículos necesarios para que se llevara a cabo el proyecto piloto,

elementos cuyo costo estaba igualado, desde el punto de vista del Gobierno, por el personal que puso éste a disposición de los miembros de la misión.

El experimento de Serapei se extendió luego a 200.000 personas, o sea cinco veces el número inicial, y al mismo tiempo se preparó y adiestró al personal que el Gobierno tai había instalado en la zona vecina de Hangdong, costeando los gastos correspondientes. Este nuevo capítulo de las actividades contra la malaria tuvo también tanto éxito, que se debió extenderlo hasta abarcar cinco veces las proporciones originales. Y mientras tanto se iniciaba otro plan similar en el centro del país, plan que afectaba a 50.000 habitantes de éste. En este caso la mitad de los elementos necesarios fué costeadada directamente por la Organización Mundial de la Salud.

La realización de los proyectos piloto de Tailandia permitió que se prepararan para futuras actividades del mismo orden los funcionarios extranjeros y tais que debían actuar después en la campaña de la ECA y del Gobierno del país. Porque a la contribución del UNICEF y de la OMS ha reemplazado ahora la ayuda estadounidense directa y, siguiendo los planes preparados por los expertos de la OMS, se tiene la intención de acabar con la malaria en Tailandia en el curso de tres años. De este modo, la protección dispensada ya a 600.000 personas se extenderá a 4.000.000 más.

Al matar el mosquito con ese persistente veneno que es el DDT, se destruyó en Chiengmai el ciclo de la malaria y se liquidó al mismo tiempo la especie de insecto que la propagaba. En efecto, en una búsqueda que ha llevado 5.000 horas de trabajo en conjunto, no se ha logrado encontrar un solo «anopheles minimus». Y todo ello a un costo de 14 centavos de dólar «per capita», comparado con los 6 dólares que el mismo resultado costó en Cerdeña.

Esta parábola de la salud comenzó y terminó con el Katin, o sea el festival que se realiza para celebrar el término de la cuaresma budista y el comienzo de la primavera. Al acabar de soplar el monzón, los miles de jóvenes tais que han ingresado en los monasterios para seguir un período de servicios espirituales — cosa que prácticamente hace cada tai — salen a la calle y cambian sus humildes túnicas amarillas por ropas de civil. Los sacerdotes permanentes reciben de los fieles sus nuevas túnicas. Y todo el mundo festeja el acontecimiento anual por espacio de semanas y semanas.

En el Katin el Gran Abate exhortó por primera vez al pueblo a que colaborara con la Organización Mundial de la Salud, y al recordárselo así al Gobernador de Chiengmai, Udom Bunyaprasop, nos dijo inmediatamente que debíamos participar en los festejos. A continuación dió órdenes para que desfilara por las calles una procesión, una típica procesión tai completa, con el cuerpo de bailarinas de la corte y el Busabok, la carroza que el pueblo arrastra por medio de cuerdas. Las bellas bailarinas de la corte, con sus ropajes de colores vivos, sus cabezas cubiertas de flores y sus uñas doradas de seis pulgadas de largo, bailaron descalzas por las calles. Cada movimiento del pie, cada giro del cuerpo, cada ademán de la mano son como letras de un alfabeto mímico con el que se relatan leyendas cuyo origen se pierde en las edades. La procesión cruzó Chiengmai y se dirigió a Wat Auan Dawk, el templo principal de la localidad.

Sólo una vez por año emerge de las oscuras profundidades de su templo el Buda de Oro, la imagen más preciosa de todo el norte de Tailandia. Para esta ocasión el Gran Abad dispuso una dispensación especial con ropajes sacerdotales. Se transportó a la dorada imagen al césped que se extiende ante la pagoda y se la entronizó allí, donde las gentes se prosternaron ante ella y las bailarinas reanudaron su danza ritual.

La tradición y la ciencia moderna se unían así, en común acción de gracias, por la desaparición de un flagelo terrible.

GRACIAS AL SE EXPLOTAN

La dignidad cedió paso al descaro. Boon Tam, el elefante gigantesco, se hizo a un lado, y dejó que TooToo, un «terrier» de color oscuro, asumiera la dirección del grupo.

La razón era muy simple: el elefante temía a la Reina Cobra, y TooToo, adiestrado para la caza de serpientes, no sentía aprensión alguna frente a ella. El perro desapareció ágilmente de pronto entre la maleza de bambú. Chan, el ingeniero forestal, quitó el mecanismo de seguridad a su «colt» y lo dejó listo para disparar. Forzado por el facino de su «mahout», Boon Tam echó a andar cautelosamente por la selva.

Se diría que TooToo se divertía en atormentar a su monumental amigo. Por ejemplo, luego de echar a correr como un loco, de repente se paraba en seco. También lo hacía el elefante. O el jefe de ruta se ponía a husmear entre una rama colgante de enredadera. Boon Tam se apartaba de ella más pronto que ligero. O bien el perro se ponía nervioso con el rastro de un cerdo salvaje y se ponía a seguirlo como si tratara de una liebre, dejando al elefante «indefenso».

Pero en cierto momento algo dejó patético al perro; una forma negra, sinuosa, como cubierta de piel, que cruzó nuestro camino. TooToo se puso a olisquearla y dió un salto atrás, apabullado. El supuesto reptil era un gusano gigante, de unas diez pulgadas de largo, que, aunque vivo, llevaban en alto cientos de hormigas, exactamente como si los liliputienses transportaran en vilo al maniatado Gulliver. El cautivo se retorció a veces desesperadamente, y aunque las hormigas se tambaleaban cada vez que lo hacía así, no soltaban por ello la presa.

Por mi parte, yo tenía también mis dificultades. No pido a nadie que me crea, pero sin darme cuenta, me había venido en zapatillas caseras para andar por la selva y en mi desconcerto sentía cosas —reales e imaginarias— que se deslizaban dentro y fuera de ellas. Más que las cobras, me preocupaban las lombrices y las sanguijuelas. Así seguimos avanzando cada vez más por la selva de árboles de teca, TooToo, Boon Tam, Chan (el funcionario de las selvas reales de Tailandia), los desmontadores de tecas con sus hachas y sierras, y los granjeros de la región y sus mujeres con sus «kris» curvados y afiladísimos. Y Nai Khan Chaiyen, «El Señorito Cántaro que Nunca se Pone Nervioso», apodo muy adecuado para un muchachito de unos doce años que siempre va a buscar agua y la acarrea en las excursiones. Abirse páso por la selva es tarea que da mucha sed, y salir a buscar agua a algún pozo o manantial en medio de la espesa confabulación de árboles, animales y plantas requiere una extraordinaria presencia de ánimo.

Esta excursión por la selva parecería cosa que no tiene nada que ver con la misión que nos ha traído al sudeste de Asia, pero puede creerse cuando digo que Chan Watana-savakul, bachiller en ciencias (ingeniería forestal) y sus compañeros, encargados de la conservación de las selvas, luchan tanto contra la enfermedad como podrían hacerlo el Dr. X o el Profesor Y.

La causa de que la Organización de Alimentación y Agricultura de las Naciones Unidas (FAO) dé la importancia que da a la ingeniería forestal y al mantenimiento de bosques y selvas dentro de su programa de ayuda técnica para el sudeste de Asia no radica en el valor comercial de la madera, o en la solución que ésta pueda aportar al problema de la vivienda, sino en el hecho de que los alimentos de que se disponga en Tailandia pueden depender de lo que ocurra a los bosques del país.

«Hay países poco desarrollados que son pobres de verdad, aunque potencialmente ricos. Con Tailandia ocurre lo contrario: el país es rico en realidad, aunque potencialmente pobre», nos dijo un experto en nutrición de la Organización de Alimentación y Agricultura. «El suelo es rico y fértil, y el país cuenta con la enorme fuente de riqueza que es la exportación de teca, apenas menos importante que la de arroz; pero la población aumenta con enorme rapidez, y dentro de una generación puede faltarle al país el alimento que ahora exporta».

En consecuencia, los tais tendrán que aumentar los acres de tierra productiva con que cuentan, en vez de perderlos. Las cosechas dependen del freno que se pueda poner a las inundaciones. Aquí, como en otras partes del sudeste de Asia, la mayor parte de la población vive a orillas de los ríos o en las llanuras aluviales. Pero los ríos que permiten la irrigación de los plantíos de arroz anegan también las cosechas, y en sus crecientes se ahogan gentes y ganado, lo cual difunde la peste y precipita el hambre.

Y los encargados de la conservación del suelo contemplan los ríos de Tailandia, a raíz de un aguacero tropical, con la misma preocupación de un grupo de médicos frente a una hemorragia. Los ríos se levantan de uno a dos metros por hora y pasan como un torbellino color de teca líquida, cargada el agua con la erosión del suelo que ellas mismas han barrido de las colinas donde en un tiempo hubo bosques que impedían el lento desgaste y desintegración de la tierra.

La tala de los árboles de teca llevada a cabo en el pasado por hombres que querían enriquecerse pronto ha logrado disminuir a la mitad el tamaño medio de aquéllos. Los métodos campesinos de cultivar la selva, que consistían en abatir los árboles y pegar fuego a lo que quedaba para obtener ceniza, mudándose luego a otra parte, han expuesto el suelo a los rayos del sol y a la violencia de las tormentas del trópico, con sus lluvias torrenciales.

Actualmente la mayor parte de los bosques de Tailandia son cotos reales. Las concesiones caducan, y las escrituras de arrendamiento van pasando a manos de la Corona. La tala de árboles está sometida a la supervisión de expertos. No es que la tala sea perjudicial en sí. Cuando se hace con el espíritu de selección que corresponde, puede llegar a mejorar los bosques. Ni tampoco la labranza en la selva es mala... siempre que se haga como se debe.

Tailandia, plenamente consciente de todo esto, ha convocado por medio de la Organización Mundial de la Salud a un grupo de expertos extranjeros en ingeniería forestal a objeto de que a los conocimientos de sus propios ingenieros forestales agreguen la experiencia de otros sistemas puestos en práctica en distintos sitios del mundo. Los propios ingenieros de Tailandia pueden a su vez, utilizando las becas

"BULLDOZER VIVO" Y A LA CIENCIA MODERNA RACIONALMENTE LOS BOSQUES DE TAILANDIA

concedidas por la Organización, trasladarse a otros países y estudiar, sobre el terreno, las prácticas forestales de éstos.

La Organización de Alimentación y Agricultura ha traído a Tailandia cuatro expertos, uno en «Administración de Bosques», otro en «Replantación de Bosques», otro en «Mecanización» y otro en «Aserraderos». Nuestra excursión a la selva estaba dedicada a informarnos sobre lo que se entiende por «Administración de Bosques».

En lo más espeso del que atravesábamos, sitio en que los rayos del sol, al filtrarse por una pantalla de follaje, nos llegaban con reflejos verdosos, Chan eligió el árbol adecuado para su demostración.

Los leñadores, con sus hachas especiales, cortaron una «faja», o sea una hendidura profunda alrededor del árbol, a unos dos pies del suelo, en la parte por la que pasan los vasos que conducen la savia desde las raíces y las hojas. En otras palabras, era como cortar el cuello a alguien. Mas para que el árbol se seque y muera es necesario que transcurran dos años. Para ese entonces se habrá hecho tan ligero que, cuando se lo derribe, el tronco podrá ir flotando río abajo hasta Bangkok, adonde tardará de dos a seis años en llegar.

Aparte de este árbol, Chan dió su visto bueno a un claro del bosque en que no había ningún árbol de teca u otra madera igualmente valiosa, sino árboles ordinarios que los campesinos podrían abatir y el Gobierno vender, y una maleza de bambú a la que podrían pegar fuego para utilizar la ceniza.

Los hombres pusieron manos a la obra, y a los pocos minutos de blandir sus hachas los árboles caían con estrépito. A su vez, las mujeres desbrozaron la maleza con sus cuchillos y cortaron las ramas que molestaban. Con toda la energía y rapidez que ponían en la ejecución de esta tarea, el dejar aquellos dos acres de terreno limpios para la siembra les llevaría aún varias semanas.

Luego, manejando unos palos de punta afilada, les tocaría ir haciendo hoyos en la tierra para echar las semillas de arroz, y plantar algodón, sandías, pimientos y diversas verduras. En el mismo terreno, y bajo la supervisión de los ingenieros forestales, plantarían también nuevos árboles de teca.

El terreno que preparan tan duramente para satisfacer sus necesidades, especialmente por lo que respecta al arroz, es de ellos sólo por espacio de un año. Al cabo de este tiempo los árboles de teca están ya firmemente afincados en el terreno y constituyen una plantación, de modo que hay que repetir el proceso.

Pero el cultivo «alterno» de este tipo ha sido tradicional entre los campesinos de Tailandia. La diferencia que hay entre la manera de hacerlo ahora y la de antes es que actualmente el cultivo constituye un proceso saludable, en vez de ser destructivo como fué en un tiempo. Junto con el arroz, que les es vital, los habitantes del país tienen ahora algodón para sus vestimentas y una serie de verduras para dar variedad a sus comidas. Pero en vez de abandonar la tierra cuando se ha agotado la fertilidad de ésta para producir arroz, dejándola librada al desgaste de las lluvias, la enriquecen con una plantación de 800 arbustos de teca, que luego quedarán reducidos a 80.

Al cabo de diez años, se podrá usar de estos árboles como madera para la construcción de muebles y otras piezas, y al cabo de ciento setenta y nueve años llegarán a ser tan valiosos como el que vimos derribar poco después.

Ya había estado este árbol veterano expuesto dos años a la lenta muerte de su «faja» cuando Chan dió órdenes de que se lo abatiera. Con hachas y sierras, los hombres tardaron media hora en echarlo abajo. «El Señorito Cántaro que Nunca Se Pone Nervioso» hacía fuerza como el que más. Luego, los hombres aserraron las ramas de la parte superior, dejando un tronco de unos tres metros cúbicos.

El valor que este tronco tiene allí mismo en la selva es de unos 2.400 ticales, equivalentes a 120 dólares o 45 libras esterlinas. Al llegar flotando a Bangkok, unos tres años después, valdrá dos veces esa cantidad, y al ir a parar finalmente a manos de los ebanistas europeos el precio original se habrá cuadruplicado. Por ello resulta tan remunerador para los ladrones el sacar los troncos del río en el curso de su largo viaje, llevarlos a aserraderos instalados bajo tierra en plena selva y sacar de ellos planchas de madera que es más fácil llevar de contrabando a los mercados.

Con una serie de hachazos expertos, se fué dando forma al

enorme tronco, haciéndole una especie de nariz afilada, parecida a la proa de un barco, y luego una serie de muescas que permitieran ajustar las cadenas necesarias para arrastrarlo. Con sus colmillos Boon Tam lo empujó hasta ponerlo en la posición adecuada, y se preparó para la pesada marcha que le esperaba.

Al tirar con fuerza de las cadenas, el tronco no se movió. El elefante lanzó un bramido de furia, mientras TooToo ladraba nerviosamente, el leñador daba gritos y el «mahout» rejoneaba al paquidermo con su focino. Pero con su pata traseira el animal sacó al tronco de la obstrucción de raíces en que se había atascado y empezó a arrastrarlo a través de la selva, como un verdadero «bulldozer» vivo.

En el curso de su camino Boon Tam tropezó de repente con un peñasco, y lanzó un grito de exasperación. Las lágrimas le corrían por las mejillas. Luego, su cerebro —un cerebro lleno de inteligencia— vino en ayuda de sus músculos. Volviéndose, Boon Tam empujó al tronco con sus colmillos por encima del obstáculo. El otro momento difícil del recorrido llegó al pasar Boon Tam, con su tronco a cuestas, por entre las chozas de estera de una aldea situada en medio de la selva. Parecía como si el enorme animal fuera a barrer a su paso las frágiles viviendas, pero no: a cada paso se escurría y viraba como si fuera un botero que condujera su embarcación por entre las rocas.

Como dijo Chan, se puede llegar a mecanizar los aserraderos, a instalar máquinas apiladoras, así como hacer uso de grandes camiones para el transporte de los troncos por caminos y carreteras; pero en la selva la única máquina que resulta práctica es el elefante.

Con previsión y precaución, con los ingenieros forestales capaces de que disponen y la experiencia de fuera que pueden aportarles los técnicos de la FAO, los tais pueden muy bien reparar los estragos del pasado y evitar los desastres que la destrucción implacable de los bosques ha causado a la agricultura en tantos otros sitios del mundo.

Y así, por extraño que parezca, los bosques de teca de Tailandia podrán hacer que se alimenten adecuadamente los millones de habitantes que el país tenga en el futuro y serán un arma poderosísima en la lucha contra la enfermedad.



Boon Tam, el elefante gigantesco, es un precioso auxiliar para los leñadores de los bosques de teca en que abunda Tailandia. Una vez que el árbol ha sido abatido y aserrado, el elefante hace rodar el tronco, lo arrastra por medio de cadenas y lleva su carga a través de toda clase de obstáculos, como si se tratara de una rama cualquiera.

DRAMA Y ESPERANZA DE LOS REFUGIADOS ARABES

por Willem Van Vliet

HACE ya tres años ví por primera vez, en un campo de refugiados árabes no lejos de Jericó, a Fattah Nounih. Este maestro sigue al frente de su escuela de refugiados en El Karameh, pero los cambios producidos allí en estos tres años son verdaderamente sorprendentes.

El día en que conocí a Nounih tenía éste toda la seriedad y autoridad que un maestro debe tener, vestido como estaba de chaqueta negra y pantalón de fantasía. Pero la solemnidad de sus actitudes y de su aspecto se acordaba mal a cuanto le rodeaba, y menos todavía a lo que con orgullo llamaba «mi escuela».

Esa escuela tenía como techo el cielo, y como piso las arenas abrasadoras del valle del Jordán, en las que cientos de niños refugiados árabes se sentaban en grupos de 40 o 50, entonando algunos ciertos versículos del Corán, contando y escuchando otros, mientras unos pocos escribían en la arena tiempos de verbos ingleses irregulares. No había libros, ni siquiera un pizarrón; no había más que arena y ruido: el ruido ensordecedor que hacían los niños al recitar en coro y a grito pelado.

A pesar de ese ruido, del calor y de la ausencia de los útiles más elementales con que puede contar una escuela, Fattah Nounih me fué guiando de clase en clase con el mismo orgullo que pondría en hacerlo un director de una escuela ultra-moderna de Occidente. Por último me llevó a su oficina, instalada en una vieja tienda de campaña del ejército, donde le expliqué que la Unesco me había enviado para averiguar qué podía hacer para ayudarlo y ayudar también a otros maestros puestos en su mismo caso.

Hicimos varias listas: tantos pizarrones, tantos lápices, tantos cuadernos, tantos libros de texto, tantos mapas. Luego, tras de reflexionar un momento, el maestro del desierto agregó de repente: «Ah, y también querría una campanilla, por favor». Al principio creí que bromeaba: ¡una campanilla en aquellas soledades!

Ahora, tres años más tarde, el hombre recibe a sus visitantes en una oficina inmaculadamente limpia, en que las cajas de cartón en que nos sentáramos en nuestra primera entrevista han sido

reemplazadas por sillas. Sus 600 alumnos recitan todavía versículos del Corán, pero los mayores aprenden historia, geografía e inglés. Cada uno de los 20 grupos tiene su propio salón de clase, hecho de ladrillos de barro encalados e instalado con todos los detalles: pizarrones, tiza, lápices, bancos. Y el director de la escuela dispone también de la campanilla que quería para llamar a los niños a clase.

Pero todas estas cosas no se han producido simplemente gracias a la ayuda financiera de la Unesco. Las paredes de la escuela las levantaron el mismo director, sus alumnos y algunos de los hermanos mayores de éstos. Las sillas y bancos salieron de un taller de carpintería adjunto a la escuela y son también obra de los alumnos, como también 81 pares de zapatos que Nounih guarda en reserva.

La campanilla fué un regalo del Club Unesco para la Juventud, de Amsterdam. De Noruega llegó un envío de cuadernos, y de Sud-Africa otro de pizarrones. El Liceo Calder de Señoritas de Liverpool hizo una colecta entre las alumnas y envió un cheque por 12 libras 9 chelines 10 peniques. Desde Amberes llegaron, con destino a la escuela y a otras similares, tres proyectores cinematográficos para películas de 16 mm.

Y la cosa no ha parado ahí: una lista interminable de personas, «clubs», escuelas y organizaciones de todas partes del mundo se han ofrecido voluntariamente a ayudar al señor Fattah Nounih y los 890 colegas que tiene éste en el Medio Oriente a mantener abiertas las escuelas para los niños árabes refugiados.

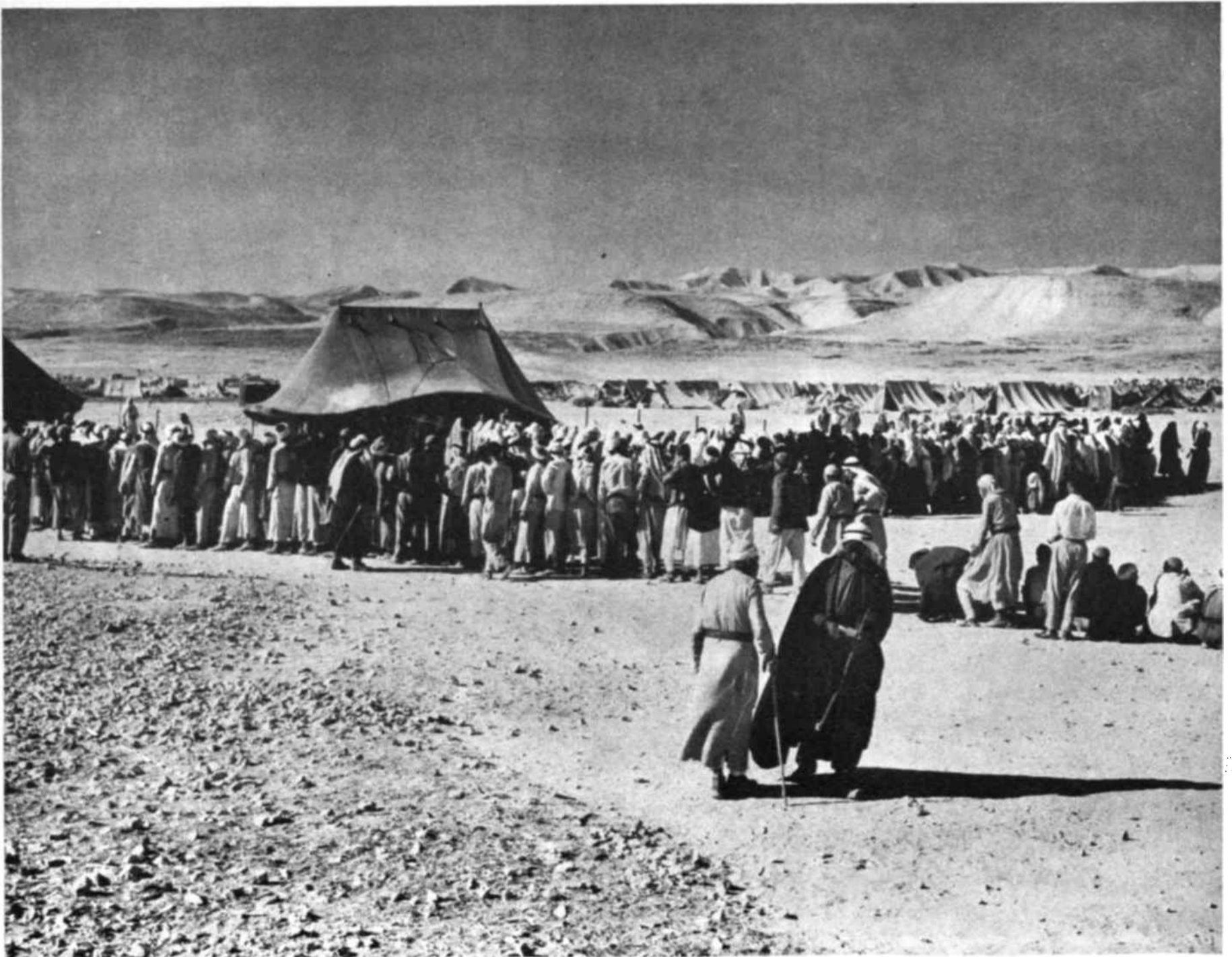
Los esfuerzos combinados de la Obra de Ayuda de las Naciones Unidas (UNRWA) y algunas de las agencias especializadas de éstas (el UNICEF, la OMS, la UNESCO), han logrado servir un gran propósito humanitario. Gracias a esta obra, cerca de 1.000.000 de refugiados que no poseen medio alguno de subsistencia ha podido salvarse de la inanición, verse protegido contra las enfermedades y saber que sus hijos recibían educación. Los refugiados árabes de Palestina está agradecidísimos. ¿Pero cuál es su situación actual? El Sr. John B. Blandford, Director de la Obra de Ayuda de las

Naciones Unidas, describió esa situación a comienzos de este año, al dirigirse en París a la Asamblea General de la Organización:

«Hoy en día, casi un millón de refugiados recapitulan sobre lo ocurrido en estos tres años de vida fuera de sus hogares. Casi la mitad de ellos son niños de 15 años o menos aún, y todos los años nacen unos treinta mil más. Una tercera parte vive en campos especiales o en carpas, chozas de barro o galpones. El resto se reparte, por aldeas y ciudades, en viejos edificios públicos, sótanos y habitaciones que ocupan transitoriamente. 875.000 viven de raciones capaces de proporcionar un promedio de 1.600 calorías diarias por persona. Para vestirse dependen principalmente de la generosidad de las agencias privadas. Un pequeño número de obreros encuentra empleo, pero compitiendo siempre con los naturales del país en que trabaja. Al irse acabando los recursos con que contaban los refugiados, se ha registrado una mudanza firme y constante de éstos de las habitaciones privadas en que vivían a las tiendas y chozas colectivas, problema que sigue creciendo diariamente en proporciones y en intensidad.

»Naturalmente, no puede haber ni seguridad ni estabilidad con este traslado en masa y esta precariedad de condiciones en que viven los refugiados. Una tormenta reciente, que duró nueve días, destruyó seis mil tiendas de campaña, causó destrozos en unas 3.000 chozas de barro y dejó momentáneamente sin techo a casi 100.000 árabes de Palestina. Más trágico aún que esto es el continuo debilitamiento de las defensas que se produce en la vida familiar y religiosa; el continuo perjuicio para la moral que representa esta clase de vida».

Para aportar una solución a tan grande problema humanitario y hacer que los refugiados «abandonaran el valle de desesperación en que se encuentran y ascendieran por un camino de esperanza» como dijera el Dr. Blandford, éste propuso, y la Asamblea General de las Naciones Unidas aprobó, un programa de ayuda a los refugiados en que, mediante un desembolso de doscientos cincuenta millones de dólares, se proporcionaría empleo y alojamiento a éstos, permitiéndoles trasladarse de los campos en que viven a barrios obreros y aldeas rurales y convertirse no sólo en personas



Gracias a los esfuerzos de la Obra de Ayuda y otras Agencias Especializadas de las Naciones Unidas, cerca de un millón de refugiados sin medios de subsistencia han podido verse libres del hambre y protegidos contra la enfermedad, así como tener la seguridad de que sus hijos seguirían educándose.



SIN HOGAR DESDE HACE TRES AÑOS

Estas fotos podrían muy bien agruparse bajo el título de "Algunas escenas de la existencia de los refugiados árabes". Vida llena de amargura para los viejos, que soportan difícilmente el vivir en tiendas de campaña, chozas de barro o galpones, y más fácil para los jóvenes a quienes el estudio, los deportes... pero sobre todo la juventud, permiten tener esperanzas; finalmente, por excepción, vida soportable para algunos, como ese jardinero que ha podido encontrar, en los alrededores del campo de refugiados, un empleo que está de acuerdo con sus conocimientos.

capaces de mantenerse a sí mismas, sino también en elementos útiles a la comunidad desde el punto de vista económico.

Pero mientras tanto, la actitud de los refugiados en general oscila entre la amargura y la gratitud. Amargura, a causa de continuar la gris existencia colectiva del campo y del deseo de muchos de ellos de volver a toda costa a su tierra. Gratitud, porque nadie puede dejar de reconocer la buena voluntad con que gentes de todas partes del mundo han tratado de aliviar su situación.

La Unesco fué de las primeras instituciones en invitar al mundo a que ayudara a mantener abiertas las escuelas para los pequeños refugiados árabes. Diciendo que «esos niños no podrían criarse sólo con pan», la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura solicitó dinero para comprarles libros, útiles de clase y materiales de enseñanza en general. Tan pronto como lo permitieron las donaciones y regalos, la Unesco abrió nuevas escuelas en los campos de refugiados del Medio Oriente. Al decidir las Naciones Unidas, en 1950, que su unidad de socorro de emergencia se convirtiera en la Obra de Ayuda (UNRWA) cambió la base de la educación ofrecida a los niños. Ya no fué ésta primordialmente una medida de orden social, destinada a evitar la delincuencia que acompaña fatalmente a la desocupación, la pobreza y la promiscuidad, sino un medio de preparar a los niños para poder ganarse la vida y contribuir al bienestar material y espiritual del país en que habían de radicarse.

El número de escuelas ha ido creciendo constantemente. Hoy en día la Unesco y la UNRWA mantienen en funcionamiento 119 escuelas como la de El Karameh, repartidas entre Siria, el Líbano, Jordán y Egipto (en la zona de Gaza), y a ellas concurren 51.000 alumnos de ambos sexos. En 1949, hace apenas tres años, las escuelas eran 64 y sólo había en ellas capacidad para 33.000 alumnos.

El año pasado, unos cuantos miles de esos pequeños refugiados se encontraron con que se abría ante ellos una nueva perspectiva al inaugurarse en las escuelas unas cuantas clases de oficios, con objeto de prepararlos a ganarse la vida.

En estos talleres, que hacen también las veces de tiendas de ocasión, las niñas aprenden corte, trabajos de punto, bordado y economía doméstica. La educación que reciben es en sí un gran adelanto para ellas, porque antes de ser refugiadas, muchas niñas árabes no iban a la escuela. En las aldeas en que vivían, sus madres eran quienes se encargaban de enseñarles todo lo que se consideraba adecuado para una niña: el manejo de la casa, el cuidado de los pequeños, las labores de aguja. Pero en los campos de refugiados la vida doméstica ha perdido mucho de la forma tradicional que tuviera, y cada vez son más las niñas a las que se permite ir a clase con sus hermanos. Aunque todavía hay tres varones por cada niña en todas las escuelas especialmente fundadas para ellos, son ya miles las chicas árabes que llegan a la adolescencia sabiendo por primera vez leer y escribir, aritmética, geografía, historia y otras materias.

A los muchachos se les enseña hojalatería, carpintería, confección de calzado, encuadernación y forja, trabajos especializados que requieren todos herramientas también especiales. Las cosas que los alumnos fabrican tienen utilidad inmediata. En la escuela de El Karameh, que dirige Fattah Nounih, cincuenta alumnos, por ejemplo, aprenden a hacer zapatos. Esos zapatos no son un modelo de elegancia según los cánones europeos, ya que las suelas están hechas de neumáticos viejos y las capelladas de lona considerada inservible; pero de todos modos prestan su utilidad y pueden ser adquiridos en el Jordán por aquellos grupos de gente cuyos recursos son más que menguados.

Cerca del campo de refugiados de El Karameh 250 alumnos de la escuela aprenden a cultivar la tierra, a plantar granos y verduras y cuidar de la cosecha. Los alimentos que producen los consumen ellos mismos y sus compañeros en la comida suplementaria que les ofrece la escuela. Otro resultado menos inmediato, pero no por ello menos importante, de sus actividades es que por medio de las Naciones Unidas adquieren el conocimiento de las cosas agrícolas y la destreza que en otras circunstancias hubieran adquirido en las tierras de sus padres, o en las de los propietarios para los que éstos habrían estado trabajando. Además de

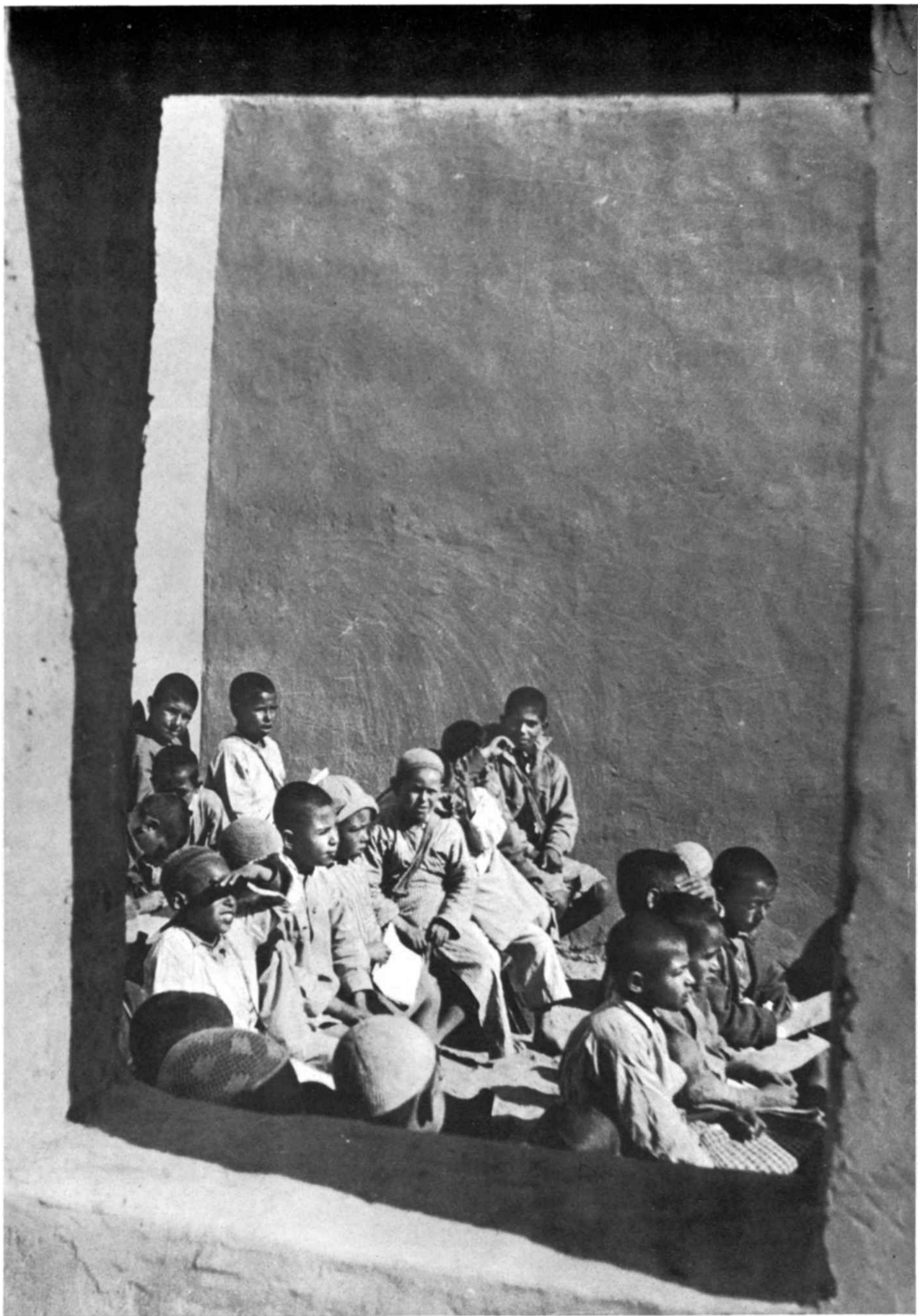
los conocimientos que hubieran podido recibir en esta forma, se les enseña también lo que es la erosión del suelo, y todo lo relativo a irrigación y plantación de árboles, para cuando llegue el día en que puedan ganarse la vida como granjeros, productores de fruta y horticultores.

Estos son algunos de los resultados positivos obtenidos con el programa de enseñanza de las Naciones Unidas y sus agencias. Pero hay todavía muchos problemas que resolver, muchas necesidades que satisfacer. Se necesitan más maestros, pero también se necesita dinero para pagarlos. Faltan útiles para las escuelas, pero esos útiles hay que traerlos del extranjero. Y la falta de herramientas e instrumentos de trabajo impide que se inauguren nuevas clases o nuevos centros de enseñanza de oficios.

Las necesidades de cada individuo no podrían ser más modestas, pero si se las multiplica por el total de niños refugiados, la exigencia total llega a cifras tremendas. Como resultado de ello, los esfuerzos realizados por las Naciones Unidas para resolver el problema de abrir un camino a esta juventud se han visto limitados hasta ahora por falta de fondos, siendo relativamente pequeño el número de los beneficiarios.

Aún conservando las facilidades y recursos existentes, cosa ya de por sí difícil, no sería posible resolver el problema en ninguno de sus aspectos. Todavía quedan unos 130.000 refugiados de 6 a 14 años de edad que piden a gritos ir a la escuela. Hay miles de adolescentes a los que no se les puede enseñar ningún oficio. Ciertamente es que 40.000 adultos han aprendido a leer, pero también es cierto que ahora, por una de esas ironías de la suerte, se encuentran con que no tienen qué leer. Y para aumentar las proporciones naturales del problema, siguen naciendo los niños por centenares.

Hay que continuar y ampliar ese plan de acción social iniciado progresivamente en las escuelas para refugiados árabes. Hay que enseñar a esos niños, en todo el Medio Oriente, a convertirse en ciudadanos útiles en vez de ser una rémora trágica, analfabeta e ignorante, al progreso de toda esa región.



ESCUELAS PARA NIÑOS ARABES REFUGIADOS

El problema de educar y preparar a los pequeños refugiados árabes está lejos de ser resuelto. Hace tres años se instalaron escuelas de emergencia en que los salones de clase eran tiendas de campaña, y las piedras hacían las veces de bancos y la arena de pizarrones. Desde entonces maestros y alumnos han construido sus aulas con ladrillos de barro, y de muchos países les han llegado útiles y fondos. Pero aunque hoy en día las escuelas de las Naciones Unidas y de la Unesco proporcionan educación a 50.000 niños de ambos sexos, hay, entre el millón de refugiados, otros 130.000 privados todavía de los beneficios de la enseñanza (Véase la pág. 14).